

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida ; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén ; pasa entre ellos una recia batalla ; saquean los enemigos el bagaje ; refriñanse alegres , aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir mas recatado ,
Que siempre es peligrosa la caída
Del que está del peligro descuidado ;
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado ,
En dura sujecion las libertades ,
Y tras prosperidad adversidades.
Es fortuna tan varia , es tan incierta ,
Ya que se muestra alguna vez amiga ,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga ;
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga ,
Roguemos que no venga , y si viniere ,
Que sea pequeño el mal que le siguiere.
Que yo de acuchillado en esto siento ,
Que es de temer en parte la ventura :
El tiempo alegre pasa en un momento ,
Y el triste hasta la muerte siempre dura ;
Y porque viene bien á nuestro cuento ,
A la bárbara oid , que en la espesura
Alcancé como dije , que en su traje
Mostraba ser persona de linaje.
Era muchacha grande , bien formada ,
De frente alegre y ojos extremados ,
Nariz perfecta , boca colorada ,
Los dientes en coral fino engastados ,

Espaciosa de pecho y relevada ,
Hermosas manos , brazos bien sacados ,
Acrecentando mas su hermosura
Un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza ,
Con mas seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza ,
La aseguré del miedo que traia ,
La cual dando un suspiro , que á ternera
Al mas rebelde corazon moviera ,
Comenzó su razon de tal manera :

« No sé si ya me queje desdichada ,
Ó agradezca á los hados ya mi suerte ,
Que me abren puerta y que me dan entrada
Para que pueda recibir la muerte ;
Pero si ya la historia desastrada
Quieres saber y mi dolor tan fuerte ,
Que aun le agravia mi poco sentimiento ,
Te ruego que al proceso estés atento.

« Mi nombre es Glaura , en fuerte hora nacida ,
Hija del buen cacique Quilacura ,
De la sangre de Friso esclarecida ,
Rica de hacienda , pobre de ventura ,
Respetada de muchos y servida
Por mi linaje y vana hermosura ;
Mas ¡ ay de mi ! ¡ cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera !

« En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia ,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponía :
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecía ,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

« Mas presto el invidioso amor tirano
Turbador del sosiego , adredemente
Trujo á mi tierra y casa á Fresolano ,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente ,
De mi infelice padre primo hermano ,
Y mucho mas amigo que pariente ,
A quien la voluntad tenia rendida

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO ALTES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

No habiendo entre los dos cosa partida.

«Mi padre, como amigo aficionado,
Que yo le regalase me mandaba,
Y así yo con llaneza y gran cuidado
Por hacerle placer lo procuraba;
Mas él luego el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

«O fué el trato que tuvo allí conmigo,
O por mejor decir mi desventura,
Que esta sería mas cierto, como digo,
Que no la mal juzgada hermosura:
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dar á su cuidado algun remedio.

«Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia;
Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
Lo que el misero entonces padecia,
Que á término he llegado al pié del palo,
Que aun no puedo decir mal de lo malo.

«Hallábale mil veces suspirando
En mí los engañados ojos puestos,
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos:
Yo la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos
(Que es lo que mas refrena la osadia)
Sus erradas quimeras deshacia.

«Estando sola en mi aposento un día
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponía,
Con grande turbacion y desatiento,
Diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mía!
Ya no basta razon ni sufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda,
Que á la del fuerte amor resistir pueda.

«Tú, señora, sabrás que el día primero
De mi felice y próspera venida

Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida;
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida;
Porque siéndolo tú, no siento cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.»

«Viéndole al parecer determinado
A cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salió del sin mostrar algun recato,
Diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
Incestuoso, desleal, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada
Y ley de parentesco conservada!»

«Iba estas y otras cosas yo diciendo,
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba:
Que en cerrado tropel arremetiendo
Nuestra alta casa en torno rodeaba,
Saltando Fresolano en mi presencia
A la debida y justa resistencia,
«Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida,
Inhumana y cruel con los humanos!
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
No dejes qué hacer á los cristianos:
Vuelve, verás que acabo aquí la vida,
Pues no puedo á las tuyas, á sus manos:
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
A lo menos será la mas piadosa.»

«Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atravesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó ya la color y voz turbada,
Diciendo: «Glaura, Glaura, últimamente
Recibe allá mi espíritu cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado.»

«Llegó mi padre en esto al gran ruido,
Solo armado de esfuerzo y confianza;
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido,

Y vista mi fortuna y mal andanza
 Por el postigo de una falsa puerta
 Salí á mi parecer mas que ellos muerta.

«Acá y allá turbada al fin por una
 Montaña comencé luego á emboscarme
 Dejándome llevar de mi fortuna,
 Que siempre me ha guiado á despeñarme :
 Así que, ya sin tino y senda alguna
 Procuraba cuitada de alejarme,
 Que con el gran temor me parecía
 Que yendo á mas correr no me movía.

«Mas como suele acontecer contino,
 Que huyendo el peligro y mal presente
 Se suele ir á parar en un camino
 Que nos coge y anega la creciente :
 Así á mí desdichada, pues me avino,
 Que por salvar la vida impertinente,
 De un mal en otro mal, de lance en lance
 Vine á mayor peligro y mayor trance.

«Iba pues siempre mísera corriendo
 Por espinas, por zarzas, por abrojos,
 Aquí y allí, acá y allá volviendo
 A cada paso los atentos ojos;
 Cuando por unos árboles saliendo
 Vi dos negros cargados de despojos,
 Que luego en el instante que me vieron
 A la mísera presa arremetieron.

«Fui dellos prestamente despojada
 De todo cuanto allí venía vestida,
 Aunque yo triste no estimaba en nada
 El perder los vestidos y la vida :
 Pero el honor y castidad preciada
 Estuvo á punto ya de ser perdida ;
 Mas mis voces y quejas fueron tantas,
 Que á lástima y piedad movía las plantas.

«Usó el cielo conmigo de clemencia
 Guiando á Cariolan á mis clamores,
 Que, visto el acto inorme y la insolencia,
 De aquellos enemigos violadores,
 Corrió con provechosa diligencia
 Diciendo : «¡ Perros, bárbaros, traidores !
 Dejad, dejad al punto la doncella,
 Si no, la vida dejaréis con ella.»

«Fueron sobre él los dos incontinente,
 Mas él flechando el arco que traía,
 Al mas adelantado y diligente
 La flecha hasta las plumas le escondía :
 Hizose atrás dos pasos diestramente,
 Y al otro la segunda flecha envía
 Con brújula tan cierta y diestro tino,
 Que al bruto corazón halló el camino.

«Cayó muerto, y el otro mal herido
 Cerró con él furioso y emperrado ;
 Mas Cariolan valiente y prevenido,
 En la arte de la lucha ejercitado,
 Aunque el negro era grande y muy fornido
 De su destreza y fuerzas ayudado,
 Alzándole de brazos hácia el cielo
 Le trabucó de espaldas en el suelo.

«Y sacando una daga acicalada,
 Queriendo á hierro rematar la cuenta,
 Por el desnudo vientre y por la ijada
 Tres veces la metió y sacó sangrienta :
 Huyó por allí la alma acelerada,
 Y libre Cariolan de aquella afrenta
 Se vino para mí con gran crianza,
 Pidiéndome perdon de la tardanza.

«Supo decir allí tantas razones,
 Haciendo amor conmigo así el oficio,
 Que medrosa de andar en opiniones,
 Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
 Por evitar al fin murmuraciones
 Y no mostrarme ingrata al beneficio
 En tal sazón y tiempo recibido,
 Le tomé por mi guarda y mi marido.

«Y temiendo que gente acudiría,
 Por el espeso monte nos metimos,
 Donde sin rastro ni señal de vía
 Un gran rato perdidos anduvimos ;
 Pero, señor, al declinar del día
 A la ribera de Lauquen salimos,
 Por do venía una escuadra de cristianos
 Con diez indios atrás presas las manos.

«Descubriéronnos súbito en saliendo,
 Que en todo al fin nos perseguía la suerte,
 Sobre nosotros de tropel corriendo,

«Aguarda, aguarda, tén ,» gritando fuerte ;
 Pero mi nuevo esposo allí temiendo
 Mucho mas mi deshonra que su muerte ,
 Me rogó que en el bosque me escondiese
 Mientras que él con morir los detuviese.

«Luego el temor , á trastornar bastante
 Una flaca mujer inadvertida ,
 Me persuadió poniéndome delante
 La honrada muerte y la estimada vida :
 Así cobarde , tímida , inconstante
 A los primeros ímpetus rendida ,
 Me entré viéndolos cerca á toda priesa
 Por lo mas agrio de la senda espesa.

«Y en lo hueco de un tronco , que tejido
 De zarzas y maleza en torno estaba,
 Me escondí sin aliento ni sentido ,
 Que aun apenas de miedo resollaba :
 De donde escuché luego un gran ruido
 Que el bosque cerca y léjos atronaba ,
 De espadas , lanzas y tropel de gente
 Como que combatian fuertemente.

«Fué poco á poco al parecer cesando
 Aquel rumor y grita que se oía ,
 Cuando la obligacion ya calentando
 La sangre que temor helado habia ,
 Revolví sobre mi , considerando
 La maldad y traicion que cometia
 En no correr con mi marido á una
 Un peligro , una muerte , una fortuna.

«Sali de aquel lugar , que á Dios pluguiera
 Que en él quedara viva sepultada,
 Corriendo con presteza á la ribera
 Adonde le dejé desatinada :
 Mas cuando no ví rastro , ni manera
 De le poder hallar , sola y cuitada ,
 Podrás ver que sentí , pues era cierto
 Que no pudo escapar de preso ó muerto.

«Solté ya sin temor la voz en vano :
 Llamando al sordo cielo , injusto y crudo,
 Preguntaba : «¿ Do está mi Cariolano?»
 Y todo al responder lo hallaba mudo ;
 Ya entraba en la espesura , ya á lo llano
 Salia corriendo , que el dolor agudo

En mis entrañas siempre mas furioso
 No me daba momento de reposo.

«No te quiero cansar ni lastimarme
 En decirte las bascas que sentia ;
 No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
 Frenética y furiosa discurría :
 Muchas veces propuse de matarme ;
 Mas por torpeza y gran maldad tenia
 Que aquel dolor en mi tan poco obrase
 Que á quitarme la vida no bastase.

«En tanta pena y confusion envuelta
 De contrarios y dudas combatida ,
 Al cabo ya de le buscar resuelta,
 Pues no daba el dolor fin á mi vida,
 Hácia el campo español he dado vuelta
 De noche , y desde léjos escondida
 Por el honor , que mal me le asegura
 Mi poca edad y mucha desventura.

«Y teniendo noticia que esta gente
 Era la vuelta de Cauten pasada ,
 Tambien que habia de ser forzosamente
 Por este paso estrecho la tornada ,
 Quise venir en traje diferente ,
 Pensando que entre tantos disfrazada
 Alguna nueva ó rastro hallaria
 Deste que la fortuna me desvia.

«¿Qué remedio me queda ya cautiva ,
 Sujeta al mando y voluntad ajena ?
 Que para que mayor pena reciba
 Aun la muerte no viene porque es buena ;
 Pero aunque el cielo cruel quiera que viva ,
 Al fin me ha de acabar ya tanta pena ,
 Bien que el estado en que me toma es fuerte ;
 Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella jóven lastimada
 Iba sus desventuras recontando ,
 Cuando una gruesa bárbara emboscada
 Que estaba á los dos lados aguardando ,
 Alzó al cielo una súbita algarada
 Las salidas y pasos ocupando ,
 Creciendo indios así , que parecian
 Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un yanacona mio ,

Ganado no había un mes en buena guerra,
 Diciéndome: «Señor, échate al río,
 Que yo te salvaré, que sé la tierra:
 Que pensar resistir es desvarío
 A la gente que cala de la sierra;
 Bien puedes, ó señor de mí fiarte,
 Que me verás morir por escaparte.»
 Yo que al mancebo el rostro revolvía
 A agradecer la oferta y buen deseo,
 Vi á Glaura que sin tiento arremetía
 Diciendo: «¡Oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?
 ¿Eres mi dulce esposo? ¡ay vida mía!
 En mis brazos te tengo y no lo creo.
 ¿Qué es esto? ¿estoy soñando, ó estoy despierta?
 ¡Ay, que tan grande bien no es cosa cierta!»
 Yo atónito de tal acaecimiento
 Alegre tanto dél como admirado,
 Visto de Glaura el mísero lamento
 En felice suceso rematado,
 No habiendo allí lugar de cumplimiento
 Por ser revuelto el tiempo y limitado
 Dije: «Amigos, á Dios, y lo que puedo
 «Que es daros libertad, yo os la concedo.»
 Sin otro ofrecimiento ni promesa
 Piqué al caballo que salió ligero;
 Pero aunque mas los indios me den priesa,
 Quiero, señor, que aquí sepais primero,
 Como á la entrada de la selva espesa
 Cariolan vino á ser mi prisionero,
 Cuando medrosa de perder la vida
 En el tronco quedó Glaura escondida.
 Sabed, sacro señor, que yo venía
 Con algunos amigos y soldados,
 Despues de haber andado todo el día
 En busca de enemigos desmandados;
 Mas ya que á nuestro asiento me volvía
 Con diez prisioneros bárbaros atados,
 A la entrada de un monte y fin de un llano
 Descubrimos muy cerca á Cariolano.
 Corrió luego sobre él toda la gente
 Pensando que alas le prestase el miedo,
 Pero con gran desprecio y alta frente,
 Apercibiendo el arco estuvo quedo;

Llegando pues á tiro diestramente
 Hirió á Francisco Osorio y á Acevedo,
 Arrancando una daga desenvuelto,
 El largo manto al brazo ya revuelto.
 Tanta fué la destreza, tanto el arte
 Del temerario bárbaro araucano,
 Que no fué el gran tropel de gente parte
 A que dejase un solo paso el llano:
 Que saltando de aquella y desta parte
 Todos los golpes hizo dar en vano,
 Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
 Otros del manto y daga rebatidos
 Yo que ver tal batalla no quisiera,
 Al animoso mozo aficionado,
 En medio me lancé diciendo: «Afuera,
 Caballeros, afuera, haceos á un lado,
 Que no es bien que el valiente mozo muera,
 Antes merece ser remunerado;
 Y darle así la muerte ya sería
 No esfuerzo ni valor, mas villanía.»
 Todos se detuvieron, conociendo
 Cuán mal el acto infame les estaba;
 Solo el indio no cesa, pareciendo
 Que de alargar la vida le pesaba:
 Al fin la daga y paso recogiendo,
 Pues ya la cortesía le obligaba,
 Revuelto á mí me dijo: «¿Qué te importa
 Que sea mi vida larga, ó que sea corta?
 «Pero de mí será reconocida
 La obra pia y voluntad humana:
 Pia por la intencion, pero entendida
 Se puede decir impía y inhumana:
 Que á quien ha de vivir mísera vida
 No le puede estar mal muerte temprana;
 Así que en no matarme como digo
 Cruel misericordia usas conmigo.
 «Mas porque no me digan que ya niego
 Haber de ti la vida recibido,
 Me pongo en tu poder y así me entrego
 A mi fortuna mísera rendido.»
 Esto dicho, la daga arrojó luego
 Doméstico el que indómito había sido,
 Quedando desde allí siempre conmigo,

No en figura de siervo, mas de amigo.
 Ya el ejercicio y belicoso estruendo
 De las armas y voces resonaban;
 Unos van en monton allá corriendo,
 Otros acá socorro demandaban;
 Era la senda estrecha, y no pudiendo
 Ir atrás ni adelante, reparaban,
 Que el bagaje, la chusma y el ganado
 Tenia impedido el paso y ocupado.
 Es el camino de Purén derecho
 Hacia la entrada y paso del estado,
 Despues ya en forma oblica largo trecho
 De dos ásperos cerros apretado;
 Y vienen á ceñirle en tanto estrecho,
 Que apenas pueden ir dos lado á lado,
 Haciendo aun mas angosta aquella via
 Un arroyo que lleva en compañía.
 Así á trechos en partes del camino
 Revueltos unos y otros voceando,
 Andaban en confuso remolino
 La tempestad de tiros reparando:
 No basta de la pasta el temple fino,
 Grevas, petos, celadas abollando,
 La furia que zumbaba á la redonda
 De galga, lanza, dardo, flecha y honda.
 Unos al suelo van descalabrados
 Sin poder en las sillas sostenerse,
 Otros cual rana ó sapo aporreados
 No pueden, aunque quieren, removerse;
 Otros á gatas, otros derrengados
 Arrastrando procuran acogerse
 A algun reparo ó hueco de la senda,
 Que de aquel torbellino los defienda.
 Que en este paso estrecho el enemigo,
 La gente y municion en órden puesta,
 Tenia á nuestros soldados como digo
 De ventaja las piedras y la cuesta;
 Donde puedo afirmar como testigo,
 Que era la lluvia tan espesa y presta
 De las piedras, que cierto parecia
 Que el cerro abajo en piezas se venia.
 Como cuando se ve el airado cielo
 De espesas nubes lóbregas cerrado

Querer hundir y arruinar el suelo
 De rayos, piedra y tempestad cargado;
 Las aves mata en medio de su vuelo;
 La gente, bestias, fieras y ganado
 Buscan corriendo acá y allá perdidas
 Los reparos, defensas y guaridas:

Así los españoles, constreñidos
 De aquel granizo y tempestad furiosa,
 Buscan por todas partes mal heridos.
 Algun árbol ó peña cavernosa,
 Do reparados algo y defendidos,
 Con la virtud antigua generosa
 Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza
 A la victoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada
 Las apuntadas miras asestando,
 Les comienzan á dar una rociada,
 Muchos en poco tiempo derribando:
 Ya por la áspera cuesta desrumbada
 Venian cuerpos y peñas volteando
 Con un furor terrible y tan extraño,
 Que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entre tanto
 Que en esta estrecha plaza peleaban,
 Con no menor revuelta al otro canto,
 Donde mayores voces resonaban,
 Se habian los indios desmandado tanto,
 Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
 Haciendo grande riza y sacrificio
 En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
 Sube ligeramente á la alta cumbre,
 Quién de pataca ó de fardel cargado
 Corre sin embarazo y pesadumbre:
 Del alto y bajo, de uno y otro lado
 Al saco acude allí la muchedumbre,
 Cual banda de palomas al verano
 Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
 Por la gran multitud que concurría,
 Procuré de tentar el postrer medio
 Que en nuestra vida y salvacion habia:
 Y así, rompiendo súbito por medio

De la revuelta y empachada via,
Llegué do estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados ;

Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida,
Que ganada la cumbre de la sierra
La victoria era nuestra conocida ;
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego, resueltos á morir de hecho,
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos lanzamos al repecho,
Cada cual solevado alto en la silla ;
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada,
De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento
No pudiendo moverse, ijadeaban :
Donde sin dilacion ni impedimento
Al lado que los indios mas cargaban,
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras que os prometo,
Que aunque llevó de golpe mucha gente
Hizo el súbito miedo mas efeto :
Y así remolinando torpemente,
Les pareció, segun el grande aprieto,
Moverse en contra dellos cielo y tierra
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que deseosos de áspera venganza
El daño y miedo en ellos aumentaron :
Tanto, que ya perdida la esperanza
A retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos piés en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
Cargado de fardel ó saco guia ;
Cuál por lo mas espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia ;
Cuál con hambre y codicia deshonesta
Por solo llevar mas se detenía,
Costando á mas de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida

Así la fiesta se acabó, quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La victoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines y atambores :
Al rumor de las cuales caminando
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al real todos heridos,
Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros a un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso consolados
Con el sabroso robo del suceso ;
Y á donde estaba el general llegados,
Que sabido el desórden y el exceso
Que rindió la victoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
Del destrozado campo el remanente,
A consultar las cosas del estado
Llamó á la principal y digna gente :
Donde despues de haber allí tratado
De lo mas importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro canto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
CALLE 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo ; tratan de quemar sus haciendas ; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo ; combaten los dos en estacada brava y animosamente.

¡ Oh cuánta fuerza tiene , oh cuánto incita
El amor de la patria , pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
A que todo por él lo pospongamos !
Cualquier peligro y muerte facilita :
Al padre , al hijo , á la mujer dejamos
Cuando en trabajo á nuestra patria vemos ,
Y como á mas parienta la acorremos .
Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas ,
Que por la cara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas ;
Y su gloriosa fama han extendido
Las plumas de escritores celebradas ,
Mario , Cassio , Filon , Cosdro ateniense ,
Régulo , Agesilao y el Uticense .
Entrar pues en el número merece
Esta araucana gente , que con tanta
Muestra de su valor y ánimo ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta ,
Y en el firme propósito parece
Que ni rigor del hado , y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna ,
En los ánimos hace mella alguna .
Que habiendó en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia ,
No con ánimo triste ni abatido ,
Mas con valor grandísimo y constancia ,
Estaban , como atrás habeis oido ,

En consejo de guerra , haciendo instancia
En darnos otro asalto ; mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano :

« Conviene , ó gran senado religioso ,
Que vencer ó morir determinemos ,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos :

Las casas , ropa y mueble infructuoso ,
Que al descanso nos llaman abramos ,
Que habiendo de morir todo nos sobra ,
Y todo con vencer despues se cobra .

« Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene :
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aun su lugar no tiene ;
Ni es razon que soldado alguno atienda
A mas de aquello que á vencer conviene ,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades .

« Así que , en esta guerra tan reñida
Quien pretende , descanso como digo ,
Piense que no hay mas honra , hacienda y vida
De aquella que quitare al enemigo :
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo ,
Pues no ha de haber partido ni concierto ,
Sino solo matar ó quedar muerto . »

Oido allí por los caciques esto ,
Muchos suspensos sin hablar quedaron ,
Y algunos dellos con turbado gesto
Enarcando las cejas se miraron ;
Pero rompiendo aquel silencio puesto ,
Sobre ello un rato dieron y tomaron ,
Hallando en su favor tantas razones ,
Que se llevó tras sí las opiniones .

Así el valiente Ongolmo no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese ,
Aprueba á voces la demanda , instando
En que por obra luego se pusiese ;
Siguió este parecer Purén , jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio ni concierto , á fuerza pura
Su patria en libertad y paz segura .

Lincoya y Caniomangue pues no fueron
 En jurar el decreto perezosos :
 Que aun mas de lo posible prometieron ,
 Segun eran gallardos y animosos ;
 Tambien Rengo y Gualemo se ofrecieron ,
 Y los demás caciques orgullosos
 Talcaguan , Lemolemo y Orompello ,
 Hasta el buen Colocolo vino en ello.
 Resueltos pues en esto , y decretado
 Segun que aquí lo habemos referido ,
 Tucapelo , que á todo habia callado
 Con gran sosiego y con atento oido ,
 Despues del alboroto sosegado ,
 Y aquel árduo negocio difinido ,
 Puesto en pié , levantó la voz ardiente ,
 Que jamás hablar pudo blandamente ,
 Diciendo : « Capitanes , yo el primero
 En lo que el general propone vengo ,
 Por parecerme justo , y así quiero
 Que se abra y asuele cuanto tengo :
 En lo demás al brazo me refiero ,
 Que si un mes en su fuerza le sostengo ,
 Pienso escoger despues á mi contento
 El mayor y mejor repartimiento.
 «Y si algun miserable no concede
 Lo que tan justamente le es pedido ,
 Por enemigo de la patria quede ,
 Y del militar órden excluido :
 Que ya por nuestra parte no se puede
 Venir á ningun medio ni partido ,
 Sin dejar de perder ; pues la contienda
 Es sobre nuestra libertad y hacienda.
 «Así que , yo tambien determinado
 De seguir vuestros votos y opiniones ,
 Aunque parece en tiempo tan turbado ,
 Que nuevo nuevas causas y cuestiones ,
 Del natural honor estimulado ,
 Y por otras legítimas razones ,
 No puedo ya dejar por ningun arte
 De echar del todo un gran negocio aparte.
 «Ya tendréis en memoria el desafío
 Que Rengo y yo tenemos aplazado ,
 Asimismo el que tuve con su tio ,

Que quiso mas morir desesperado :
 Viendo el gran deshonor y agravio mio ,
 Y cuánto á mi pesar se ha dilatado ,
 Quiero sin esperar á mas rodeo
 Cumplir la obligacion y mi deseo.

«Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
 Entre todas las gentes , pues se trata
 Que conmigo ha de entrar en estacado ,
 Y así vanaglorioso lo dilata ;
 Mas yo de tanta dilacion cansado ,
 Pues que cada ocasión lo desbarata ,
 Pido que nuestro campo se fenezca ,
 Que no es bien que mi crédito padezca.

«Pues ya Peteguelen , viejo imprudente
 Con apariencia de ánimo engañosa
 A morir se arrojó entre tanta gente ,
 Por parecerle muerte mas piadosa ;
 Y así se me escapó mañosamente ,
 Que fué puro temor y no otra cosa ,
 Pues si ambicion de gloria le moviera ,
 De mi brazo la muerte pretendiera.

«Tambien Rengo de industria cauteloso
 Anda en los enemigos muy metido ,
 Buscando algun estorbo ó modo honroso
 Que le excuse cumplir lo prometido ;
 Y debajo de muestra de animoso
 Procura de quedar manco ó tullido ,
 Y para combatir no habilitado ,
 Glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante ,
 Cuando el airado Rengo , echando fuego ,
 Sin guardar atencion , se hizo adelante
 Diciendo : « La batalla quiero luego ,
 Que ni tu muestra y fanfarron semblante
 Me puede á mi causar desasosiego :
 Las armas lo dirán y no razones ,
 Que son de jactanciosos baladrones.»

Arremetiera Tucapel , si en esto
 Caupolican , que á tiempo se previno ,
 Con presta diligencia en medio puesto ,
 La voz no le atajara y el camino ;
 Y con severa muestra y grave gesto
 Reprehendiendo el loco desatino ,

Por rematar entre ellos la porfía
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfías:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién granjerías;
Algunos que ganar no deseaban
Las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un exento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatiesen mano á mano,
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañía
Comenzó á rodear el estacado:
Era tal el aprieto que no habia
Arbol, pared, ventana ni tejado
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso
Apenas del Oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruido;
Por otra pues no menos orgulloso
Al mismo tiempo aparecer se vido
Al fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos, dobles relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Hasta el empeine de los piés armados;
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfanje guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte

Puertas como palenque de torneo,
Por las cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho circulo y rodeo:
Despues que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes,
Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el són de la trompeta en esto,
Que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendian,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian;
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos, de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos, de manera
Que aunque fueron pasados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera
No llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destes bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado,
Suspensos los sentidos y la mente;
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efecto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso,
Mas del honor que del dolor sentido:

Así, fuera de término rabioso
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso extremo descargó en vacío:
Fué el golpe aunque furioso tolerable,
Quitándole la fuerza el desvarío,
Que á cogerle de lleno, yo creyera
Que con él el combate feneciera.

Mas aunque fué al soslayo, el araucano
Se fué un poco al través desvaneciendo,
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo;
Pero viendo el peligro no liviano,
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas y reparos,
Tanto, que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La mas reñida y singular batalla
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso,
Que el mas templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso:
El aire cerca y léjos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y batería,
Que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo
Batiéndole de suerte la celada,
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada;
Pero en sí vuelto blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada
Hirió tan presto á Rengo al desviarse,

Que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto
Cargando á Rengo tanto la cabeza,
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza;
Mas del peligro y del dolor despierto
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó léjos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra
Poniendo mano á la fornida espada:
En esto Tucapel otra vez cierra,
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano,
Hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
Aunque era duro, en él quedó enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado;
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera,
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira:
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira
Acrecentada por la nueva ofensa,
Furioso de revés un golpe tira
Con la extrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro, que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,

Por lo cual arrojando el roto escudo
Valerse de los brazos le convino :
Tucapel , que robusto era y membrudo ,
Al mismo tiempo le salió al camino ,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo , que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De mas agilidad y fortaleza :
Llegados á las presas , cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza ,
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando
Andaban con furioso movimiento ,
Tanto los duros brazos añudando
Que apenas recibir pueden aliento ;
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza , como digo ,
De poner en el suelo al enemigo.

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso,
Los rostros y los ojos encendidos,
El aliento ya grueso y presuroso ,
El forcejar, gemir y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña ,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado :
Rengo, con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado ,
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido,
Le quiso rebatir el pié derecho ;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho ;
Y entre los duros músculos ceñido

Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho y rematar la guerra ,
Rengo, que era diestrisimo y valiente ,
Hizo con fuerza pié cobrando tierra ;
Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra ,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas :
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos ,
Más fuertes que al principio y más furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía ,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecía ,
Los arneses y escudos destrozados ,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida,
Cogiéndole al soslayo la rodela ,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela :
No quedó allí la espada detenida ,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaragüel de ñudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido ,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo léjos arrojado ,
De un furor infernal ya poseido ,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

LA ARAUCANA.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda
 Con gran rigor y furia acelerada
 El golpe de la mano mas gallarda
 Que jamás gobernó bárbara espada!
 Mas quien el fin deste combate aguarda
 Me perdone, si dejo destroncada
 La historia en este punto, porque creo
 Que así me esperará con más deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

 LA ARAUCANA.

 TERCERA PARTE.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquiera desaffo es reprobado
 Por ley divina y natural derecho,
 Cuando no va el designio enderezado
 Al bien comun y universal provecho;
 Y no por causa propia y fin privado,
 Mas por autoridad pública hecho,
 Que es la que en los combates y estacadas
 Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafio
 Es de derecho y de costumbre usada,
 Pues con el sér del hombre y albedrío
 Juntamente la ira fué criada;
 Pero sujeta al freno y señorío
 De la razon, á quien encomendada